

divina. La poesía está, precisamente, para este viaje y este sueño. Para morir la víspera, por la angustia o el delito de vivir atormentado, no hay que esperar una hora desprendida del Cosmos. La muerte nada corrige. El mundo marcha, y cómo marcha.

El *Cántico desde mi muerte*, original, sentido, es un alarde de modernismo apasionado. Pero el poeta vive en el libro su hora mortal. La muerte le da vida. Como la flor en la calavera o el gusano en el cadáver. Tal es el contrasentido de la existencia.

Pero no hablemos todavía de mañana. Hay tiempo para eso y hasta para saber lo que digan de uno cuando caigan definitivamente los párpados...

ADOLFO SALVI, *Canciones nacidas en primavera*.—Caracas, 1941.

El poeta Adolfo Salvi se ensancha ante la primavera, y de esa euforia muy natural en un poeta le nacen canciones, como nacen las flores y los retoños de los árboles. Son canciones nacidas así no más, como puede nacer una planta o florecer un tallo.

Su anterior libro *Mapa*, poemas venezolanistas, adquirió nombradía. Asomaba en el cielo de Venezuela otra estrella. Este de ahora, un breve cuaderno muy elegantemente editado y con viñetas de Abel Vallmitjana, es el florecimiento de aquel primer árbol que plantó en el mapa espiritual del país.

Salvi conoce los secretos de la poesía y los sabe gozar con una fruición muy de él. Las imágenes se ensanchan como las ondas de agua que produce un chico tirando una piedra; pero son imágenes con música de trompos o rumor de bosque en plena canícula.

Predomina en él el fino paisajista, pero sin detenerse mucho en la tierra, lo que quita vibración y elimina la fuerza de la creación. Pero el poeta atisba y nos dará más tarde la síntesis de su saturación de belleza.

No es posible limitarse a darlo todo en imágenes, a destroncar el árbol que daba sombra para conseguir en su copa alguna flor asomada al cielo. La poesía requiere la presencia del hombre.

Venezuela arde en sus carnes mozas: necesita el poeta que la hechice con sus vahos de primavera, que la incite a dar el fruto de sus entrañas de madre que han asustado las largas noches de crueles tiranías. Venezuela quiere ver ese poeta que le cante su dolor mal comprendido. Salvi la llena de flores y de arrullos:

El corazón de la tarde  
se ha hospedado en el jardín,  
al que la primavera ha transformado  
en inmensa paleta  
que la brisa perfuma.

Naturalmente que en estos breves poemas no hay otro rumor que la fugacidad de los versos en las frondas y no se escuchan nada más que aleteos de mariposas, rumor de pájaros y verde luz de retoños...

La naturaleza venezolana emborracha a los tucusitos y a los poetas. Fluye en su atmósfera el embrujo pasional, una fuerza telúrica que todo lo abate, y es difícil desprenderse de la influencia de tanta belleza. Sólo un extraño podría descubrir algo más bajo la capa de tanta sugestión y de tanto dominio. Los poetas de Venezuela sienten esas garras invisibles que los hace cantar, perderse en imágenes y más imágenes.

Este poeta de *Canciones nacidas en primavera*, que tiene talento y fina sensibilidad, se enreda en la madeja azul de tal embrujo nada más que para cantar a la indolencia de los paisajes. Pero lo sabemos en trabajo adentro y pronto habrá de darnos el panorama interior de esa Venezuela tan bella como triste. La tristeza de Venezuela será una página que gustosamente escribiré cuando vuelva a verla en mis ojos y en mi corazón, no así a la distancia y entre estas músicas fuertes de una ciudad cosmopolita.

Salvi, con su talento, con su pureza de emoción, nos da en versos lo que luego nos ofrecerá en una jícara sensual de poesía...

MANUEL GARCÍA HERNÁNDEZ,  
Buenos Aires.

GERARDO GALLEGOS, *Eladio Segura* (Estudio crítico acerca del autor y su obra literaria, por Gastón Lafarga).—La Habana, Editorial "La República", 1940. xli, 239 pp.

*Eladio Segura* —novela moderna, en cuadros casi desvinculados unos de otros— nos cuenta la vida y las hazañas de dos hombres andinos, Martín de León y Eladio Segura. De niño, Eladio fué vendido a la familia de Martín, niño también. Los dos crecieron juntos, como hermanos. De jóvenes —una noche de amor y de alcohol, a fines del siglo pasado—, Martín y Eladio delinquieron, y para evitar la mano de la justicia se fugaron y se fueron a vivir en las tierras fronterizas del Ecuador y del Perú, tierras imponentes, desoladas, de páramos helados y montañas altaneras y ásperas. Martín —*El Cachorro*— y su teniente y consejero Eladio organizaron una cuadrilla de bandoleros, y se dedicaron a asaltar a los viajeros, para robarlos. *El Cachorro* cobra fama y se enamora de una indiecita a quien seducé y rapta, llevándola a su madriguera; y queriendo salvarlo de las garras de una prostituta, cae víctima de una traición de Eladio. Este se aleja, se hace tinterillo, asciende a un alto puesto en la política peruana, como abogado defensor